

circunvecinas. Silencio, me decía en lenguaje mudo tu dedo aplicado á tus labios, pues dormía en su cuna el hijo de tu hermana y tu pié suspendido lo mecía en silencio bajo su móvil arco. La sombra pasajera de la muerte se había extendido en el lecho juvenil, y, en tus ojos enturbiados por el llanto, en tu seno virginal, el corazón de una madre con anticipación había hablado. El júbilo anegaba tus ojos, el temor hacía temblar tus miembros; y cuando un sordo suspiro indicaba en el niño una interrupción del sueño, le cantabas, meciéndolo, la querrela infantil que el reposo acarrea.

« Ah! puedan concentrarse en tí otras miradas, hija de la armonía, y al ver que un solo rayo de tus ojos destella el amor, el genio, la luz y el fuego, concluir que tu persona escita mas admiración que imperio en los corazones

« Por mi parte, cuando evoca tu imágen mi memoria, se me figura verte con el ojo apagado por la vigilia y el llanto, sin lira en las manos, sin corona en las sienes é inclinando tu rostro sobre un seno de dolores. Aun resuena en mi oído ese grito ingenuo del alma que instintivamente arranca el amor maternal y esos tiernos cantos al lado de la cuna, que patéticos se exhalan de los labios de la mas humilde muger, y me digo á mí mismo en lo mas profundo de mi corazón: apartad esa lira, pues amargo es el caliz de la gloria para tal corazón; apartadla pues el genio es un alma, y la admiración que escita nos hace olvidar que también puede latir de amor. »

XIX

Aumentaba cada día su doble fama de genio y belleza, cundiendo un murmullo de admiración apenas se mostraba en los teatros, fiestas y academias. La juventud exaltaba sus hechizos, mientras que los ancianos la compadecían de una nombradía funesta á la verdadera felicidad, preguntándose con inquietud como debía contentarse con la posesión de un solo corazón y un lugar oscuro junto al hogar doméstico, una muger acostumbrada á vivir de incienso en un mundo que hasta aquel entonces había sido un templo en cuyas aras se había mostrado fulgurante como deidad.

Mil hablillas corrían sobre su matrimonio pero todas sin fundamento. La gloria atrae los ojos pero intimida el sentimiento; y, á menos de ser muy inferior y aceptar un grado secundario, ó de ser muy superior y no temer eclipse alguno, repugna á la mayor parte de los hombres contraer nupcias con esas grandes artistas que introducen la publicidad en las relaciones conyugales cuya naturaleza exige cierta penumbra. Así le deseaban un destino en cierto modo sobrenatural, juzgándola excelsa en demasía para contentarse con el ajuar de un esposo ordinario. Mas no era así, y muy errados andaban los que tal la conceptuaban, pues solo aspiraba á poseer un corazón, pronta á sujetarse á las mas humildes condiciones con tal que perfumase su vida el amor, poesía del alma.

XX

A la sazón concibieron personas entusiastas de su hermosura, como igualmente ciertas mugeres de representacion y algunos cortesanos atrafagados, la idea de un matrimonio clandestino entre Delfina y el conde de Artois que mas adelante llegó á ser Carlos X.

Este príncipe que habia tenido ocasion de verla y oirla en las mismas Tullerías, en el salon de una señora residente en el palacio, habia manifestado por M^{lle} Gay una admiracion que podia confundirse con el amor.

Constaba generalmente que impedimentos muy delicados tanto de familia como de dinastía, obligaban al príncipe á prescindir de un matrimonio auténtico; pero, imaginábanse los cortesanos que sensible aun, como siempre lo habia sido, al encanto de la sociedad femenina, y devoto en demasía para permitirse una favorita, se prestaría con gusto á un enlace consagrado por el culto y justificado por el uso de las cortes.

La admiracion que habia manifestado por la bella inspirada en presencia de sus cortesanos, fué juzgada por estos como un afecto que despuntaba. En consecuencia se esforzaron en dar pábulo á esta inclinacion, deseosos de contrabalancear, mediante la influencia ejercida por una muger en el corazón del

heredero de la corona, el imperio oculto por otra muger en el ánimo del monarca.

La inteligencia que penetra las afecciones de los príncipes se vuelve influencia en sus consejos, y, bajo la apariencia del amor, la política asedia hasta la almohada de los reyes. Una Diana de Poitiers legítima, ó una M^{ma} de Maintenon jóven y seductora, parecieron una necesidad de situacion al partido legitimista, que creyó no poder hallar una persona mas cumplida y adecuada que M^{lle} Gay para desempeñar el papel de una ú otra. En efecto, no era seguramente mas hermosa Diana de Poitiers, ni superior M^{ma} de Maintenon; pero la persona en quien habian fijado los ojos como instrumento de sus planes, poseía la inocencia que faltaba á la primera y la franqueza ajena del carácter de la segunda.

XXI

Deseosos los palaciegos de dar cima á sus intentos, se esforzaron en facilitar repetidos encuentros entre el conde de Artois y la jóven doncella á quien parecia considerar con predileccion paternal, juzgando que, mientras menos constase esta intriga á Delfina, mas probable sería la seduccion, pues la inocencia es mas eficaz é irresistible que cuantos fementidos halagos puede emplear la perfidia.

Todo parecia cooperar al buen éxito de intriga tan bien urdida, cuando en fin el conde de Artois, cuyo corazón no habia podido resistir á tantos encantos,

pareció no sentir mas apuro que el de declarar su ternura. Los cortesanos vinieron en ayuda del tímido conde, hablándole alusivamente de un enlace que conciliaria, en una semi-publicidad, su religion con su delicadeza de padre y príncipe heredero, designándole la jóven poetisa por la cual mas de un ojo perspicaz habia adivinado su afecto, y no escaseando encomios sobre una persona cuya imágen existia en el corazon del futuro soberano.

Escuchólos éste sin sorpresa, pues acostumbrado estaba á continuas provocaciones relativas á un matrimonio de inclinacion y de felicidad doméstica; pero, como generalmente sucede, frustradas quedaron las esperanzas de los interesados consejeros, pues el conde de Artois habia jurado, en su hora postrera á la muger á quien habia amado, que ningun afecto humano llegaría á señorear su corazon, y observó con la mayor religiosidad su juramento, evitando aun en lo sucesivo ver á menudo á la donosa criatura por quien le habian atribuido otro sentimiento que el de la admiracion. En cuanto á Delfina nunca llegó á saber esta conspiracion, y los cortesanos se guardaron bien de comunicarle sus miras, juzgándola, y con razon, demasiado digna para servir de cebo en sus manos, aun tratándose del corazon del heredero del trono.

XXII

Poco despues de esta conjuracion infructuosa, volvi

yo á Paris, y visité á Delfina y á su madre, cuyo domicilio en nada recordaba el poético marco del cuadro que divisó en Terni mi arrebatada vista; la escena habia mudado pero no la persona que la animaba en quien el tiempo habia vertido nuevos encantos. Habitaban á la sazón la madre y la hija un entresuelo escaso, húmedo y bajo en una encrucijada ruidosa, cerca de las Tullerías, llena de lodo y movimiento. Todo atestiguaba en esta residencia la escasez de fortuna de la pobre madre.

Dos cuartos, bajos de techo, á que conducia una escalera de madera, pocos muebles y vetustos, restos de antigua opulencia, algunos libros sobre tablas suspendidas al lado de la chimenea, una mesa en la cual los versos de la hija y las novelas de la madre indicaban el género de ocupacion asidua á que se dedicaban ambas; en el fondo del aposento un estrecho gabinete de trabajo en el cual se retiraba Delfina para escuchar la inspiracion: tal era el reducido albergue de aquellas dos pobres mugeres. El retrete de la musa comunicaba con una especie de terrado ó azótea de doce piés de circuito, en el cual dos ó tres tiestos de flores marchitas y cabizbajas, efecto de la falta de aire y de luz, recibian á eso del mediodía, un rayo del sol encajonado entre dos techos sobre los cuales posaban y chillaban los gorriones de una cuadra vecina. ¡Ah! ¡cuan lejos estaba todo eso de los iris flotantes de la atmósfera sonrosada del Vellino y de las colinas alfombradas de laureles de esa Tempé de Italia!

XXIII

Pues bien á pesar de esta existencia precaria, los mas bellos nombres de Francia y Europa afluan á aquel entresuelo, desde M^{ma} Récamier hasta los Montmorency y los Chateaubriand, pues la calidad dominante en la metrópoli francesa es anteponer, á la riqueza y el poder, la belleza, la gloria y la amenidad de las relaciones que vuelven cordial el aire cuando solo el corazon dicta la etiqueta. Al contemplar y escuchar á Delfina, mas de un miembro de la gloriosa falange no pudo menos de acordarse de la famosa Vittoria Colonna, noble y casta Aspasia de la moderna Roma, platónica pasion de Miguel-Angel, modelo de las vírgenes de Rafael y afortunada rival del mismo Petrarca como poetisa.

Por mi parte fué acogido con el mayor agasajo por la madre y la hija, como si hubiese sido un amigo fiel de veinte años, pues nos habíamos visto en un momento de emocion en que los minutos cuentan por años. Un grito rítmico inspirado por un entusiasmo simultáneo y proferido cuando se muestra en toda su sublimidad la naturaleza, equivale á conocerse y amarse recíprocamente, de un modo mas eficaz que si se hubiese pasado la vida en mutua observacion; y hay amistades fulminantes á que basta una sola chispa para fundir en una sola dos almas. Tal habia sido la nuestra desde Terni.

Todos los dias visitaba asiduamente á la madre y la hija.

Hacia algunas semanas que veía á menudo, y de pié, detras de la silla de Delfina, á un jóven de pequeña estatura y hermoso rostro que parecia salir apenas de la adolescencia. Hablaba poco, nadie lo designaba por su nombre, y parecia vivir intimamente con las dos damas como un hermano ó pariente recién llegado de algun viage lejano, que volvia á ocupar naturalmente su lugar en la casa.

Este jóven no apartaba los ojos de Delfina á quien hablaba en voz baja, y la muchacha apartaba con descuido su hermoso rostro para responderle ó sonreírle por encima del respaldar de la silla.

No pude menos de preguntar á su madre quien era ese jóven desconocido, cuya fisonomía fina á la vez y enérgica, inspiraba una atencion y una curiosidad involuntaria: contestóme la buena señora que se llamaba M. Émile de Girardin, y me contó en pocas palabras su historia, consultándome vagamente con respeto á un matrimonio que premeditaba. Mi respuesta fué que aquel jóven poseía una de esas fisonomías que atraviesan las tinieblas y domeñan los azares, y que en el país de la inteligencia no habia mejor dote que la juventud, el amor y el talento.

Poco tiempo despues supe, fuera de Francia, que la bella aparicion de la cascada habia llegado á ser M^e Émile de Girardin.

XXIV

Al recorrer las páginas de su ingenio, se ven las de su corazón. Muchas de estas páginas no desdecirían de los primeros nombres de la poesía francesa: tal como la invocación á la cruz al principio de la Epopeya de Magdalena, que hubiera firmado gustoso el mismo Racine¹.

« ¡O martirio divino, suplicio del Redentor, cetro del omnipotente, Arbol cuya raiz fecunda y dominante hundió la mano de Dios mismo! ¡Estandarte glorioso que al mundo gobierna, símbolo consolador, cruz santa, noble don, garante universal del perdón celestial! Tu signo acatado, prenda de rescate, á todos los males prodiga tesoros de esperanza: el temor y la dicha sucesivamente te invocan. Tu guías al peregrino en su regreso..... Despedazado de remordimientos, el crimen te riega con su llanto, y la virgen de tersa frente te corona de flores. Tú consuelas á los reyes cuando se desploma su trono y proteges la tumba del cuitado olvidado por el mundo. ¡Ah! puedan tus beneficios extenderse hasta mí.

Haz que la palabra de Dios disimule la flaqueza y vuelva noble mi narración; haz que en mis cantos se revele el espíritu divino para contar la muerte

¹ Como, á pesar de su mérito intrínseco, no brillan estos versos como los de M. de Lamartine, inútil hemos juzgado la inserción del original francés.

que salvó al universo, y que, dando á mi voz fuerza y armonía, me sirva de genio la ardiente piedad. »

Los primeros versos de la visión tienen el mismo acento: la doncella de corazón heroico es visitada en sueños por Juana d'Arc.

« Ayer flotaba vago mi pensamiento bajo los verdes álamos que guarnecen las orillas de nuestros prados. Allí escuchaba deslizarse la onda murmurante al través de los cañaverales, mientras, que de pié y arrancando las hojas del sauce que descuella en las márgenes del río, fijaba mis ojos en las aguas cristalinas do se pintaba la magnificencia del estrellado cielo. La frescura de la noche bañaba el dormido valle, y los vapores que coronaban las mausas aguas y mi cuerpo envolvían, excedían en blancura á la nube celeste y parecían unir la tierra á la azulada bóveda.

« ¡Pero qué prestigio trastorna mis potencias! De repente fulgura el lago como si reflejase una llama desconocida; palpitante me acerco, y mi vista atónita divisa abrirse la vaporosa masa en el agua que la refleja. Bajo la nube me aparece una muger, cubierto el seno con resplandeciente ropaje, ornadas las sienes con la regia diadema y en su mano se divisa la flotante bandera que su brazo agita. Su frente, desprovista del triunfador penacho, se halla coronada de misteriosa aureola formada de centellantes laureles. Entonces invade mi corazón un santo temor, y con el hinojo en tierra escucho su divina palabra.

« Levántate, me dijo, y reconoce en mí la virgen
« de los combates, cuyo brazo salvó á su rey ; mira
« á la pobre pastora que desertó su apacible cabaña
« para seguir la senda peligrosa del honor ; con-
« templa á la que arrancó á la Francia del yugo que la
« oprimía, y cuya mano aun sostiene el cetro y la
« bandera. »

« Dijo, y desapareció la heroína de la velada nube
por la ruta estrellada, dejándome sola y devorada
por mi delirio. Pero un poder celestial atentaba mi
esfuerzo, el señor me inspiraba, y su divina luz
irradiaba en mi alma que entera consumía, mostrán-
dole un porvenir triunfante y un horizonte de gloria
que sin espanto vislumbraban mis ojos, al paso que
inundaba mi corazón un misterioso orgullo.

« Condúceme, le dije, oh tú que me elegistes ;
protege la pura ambición que hace latir mi pecho,
que juro cumplir con la santa misión que puedas
confiarme, jamás formar un voto que no tenga por
objeto á la patria adorada, consagrar mi vida á
cantar su glorioso destino ; y, aunque deba como tú
caer en holocausto á causa tan bella, aunque del
polvo se levante audaz la viperina calumnia contra
la elegida entre mil, aunque á mi gloria aguarde la
infausta suerte que lograron tus proezas, no cesaré
de cantar sobre mi abrasada tumba. Sí, la antor-
cha de la verdad volverá á llamear en mis manos,
y mi noble delirio inflamará los corazones. Veráse
el impostor temblar ante mi lira, mientras que el
oprimido abandonado por la humana justicia, recla-

mará mi voz para defender sus derechos ; el héroe
me implorará en el día de la victoria, dudando de
su triunfo si no lo glorifica mi lira ; los altares
conservarán mis cánticos sagrados ; y, después de
mi muerte, ufano de mis inspirados himnos, me
llorarán los Franceses como una hermana amada,
proclamándome un día la Musa de la patria. »

Es difícil á una muger cantar en versos mas so-
brios, mas nerviosos y mas viriles, el *Exegi monu-*
mentum de su sexo.

XXV

Prescindiendo de obras varias que lograron la mas
brillante acogida, las dos tragedias de *Judit* y *Cleo-*
patra confirieron á la Musa el coturno griego, y cada
una de las obras que sucesivamente dió á la luz fué
un nuevo florón á su corona. Pero su verdadero
triunfo era la conversacion, pues su genio era uno
de aquellos que juegan en la fisonomia, brillan en
los ojos, cantan en la voz de la criatura admirada,
cuya obra maestra es su misma persona, y la mejor
edicion un rato pasado á su lado junto al fuego de la
chimenea. Pero ¡ ay ! jamás volverá ese tiempo di-
choso. De todo ese gremio selecto por su amabilidad
ó nombradía que hemos amado, admirado ó entre-
visto, era el vínculo aquella inestimable muger ; mas
roto está el vínculo y disperso el haz.